

Felipe cogió á Andrea entre sus brazos, la estrechó tiernamente contra su corazón, y arrebatado por el ardor de su resolución, salió del cuarto sin querer aguardar ni oír más.

Corrió á la cuadra, ensilló su caballo, montó y tomó á escape el camino de París.

## XI

## La conciencia de Gilberto.

Todas las escenas que acabamos de describir habían alcanzado á Gilberto de rechazo y de un modo terrible.

La delicadeza muy equívoca de este joven se veía sometida á una prueba demasiado dura, cuando desde el fondo del albergue que sabía escoger en un rincón cualquiera de los jardines, veía los progresos diarios de la enfermedad pintados en el rostro y modo de andar de Andrea, cuando la palidez que le alarmara la víspera, le parecía el día siguiente más grande y más acusadora, al asomarse la señorita Andrea á la ventana á los primeros rayos del sol. Entonces, cualquiera que hubiese observado la mirada de Gilberto, no hubiera desconocido en él los rasgos característicos del remordimiento, que ha llegado á ser un dibujo clásico entre los pintores de la antigüedad.

Gilberto amaba por un lado la hermosura de Andrea, y por otro la detestaba, porque aquella brillante hermosura, unida á tantas otras cualidades eminentes, formaba una nueva línea de demarcación entre él y la joven, al paso que esa misma hermosura le parecía un nuevo tesoro que conquistar. Tales eran las razones de su amor y de su odio, de su deseo ó de su desprecio.

Pero desde el día en que aquella hermosura empezó á empañarse, y en que las facciones del rostro de



Andrea revelaban padecimiento ó vergüenza; desde el día, en fin, en que Andrea principió á correr peligro, como también lo corría él, cambió la situación completamente, y Gilberto, de un entendimiento eminentemente exacto, varió de punto de vista respecto de Andrea.

Su primer sentimiento fué una honda tristeza, pues no pudo ver sin dolor marchitarse la hermosura y decaer la salud de su amada; pero sintió un delicioso orgullo en compadecerse de aquella mujer tan altiva y desdenosa con él, y en devolverle compasión en pago de todos los oprobios con que le había abrumado.

Sin embargo, no disculparemos á Gilberto por eso, porque el orgullo no justifica á nadie, y en la manera con que se acostumbró á examinar la situación sólo tenía parte el orgullo. Cada vez que la señorita de Taverney, pálida, enferma y con la cabeza inclinada, se presentaba á los ojos de Gilberto como una fantasma, el corazón de éste latía con violencia, se le agolpaba á los párpados la sangre como se agolpan las lágrimas, y se llevaba al pecho una mano crispada, inquieta, que trataba de sofocar los gritos de su conciencia.

— ¡Yo soy quien la ha perdido! murmuraba, y después de clavar en ella una mirada furiosa, huía creyendo verla siempre y oírla gemir.

Entonces asaltaban su corazón los dolores más punzantes que pueda soportar el hombre. Su furioso amor tenía necesidad de un alivio, y hubo momentos en que hubiera sacrificado su vida al derecho de echarse á los pies de Andrea, de cogerle la mano, consolarla, hacerla volver en sí cuando se desmayaba. En estas ocasiones su impotencia era un suplicio cuyos tormentos nadie en el mundo podría describir.

Gilberto soportó por tres días este martirio.

En el primero había notado el cambio, la lenta descomposición que se operaba en Andrea, y allí en donde nadie veía aun con claridad, él, como cómplice, lo adivinaba y explicaba todo. Hizo aun más; después de haber estudiado la marcha de la enfermedad, calculó la época precisa en que debía presentarse la crisis.

El día de los vahidos fué para él de congojas, sudores y pasos de un lado á otro, indicios seguros de una conciencia lacerada. Todas sus idas y venidas, aquellas apariencias de indiferencia ó de interés, aquellos arranques de simpatía ó de sarcasmo, que Gilberto consideraba como obras maestras de disimulo y de táctica, los hubiera traducido y analizado el último curial del Chatelet ó el último llavero de San Lázaro, con tanta exactitud como la Garduña del señor de Sartines leía y traducía las cartas escritas en cifras.

Nadie ve á un hombre correr hasta perder el aliento, luego pararse de pronto, exhalar sonidos inarticulados, y en seguida caer en el más sombrío silencio; nadie le ve aplicar el oído á rumores indiferentes, ó arañar la tierra, ó cortar los árboles con una especie de rabia, sin pararse y decir:

— Ese, si no es un criminal, es un loco.

Después de la primera expansión de su remordimiento, Gilberto había pasado de la conmiseración al egoísmo; pues conocía que los continuos desmayos de Andrea no á todos parecerían una enfermedad natural, y que ya tratarían de indagar la causa.

Gilberto se acordaba entonces de las fórmulas judiciales tan bruceas como expeditivas, los interrogatorios, las pesquisas y las analogías, desconocidas para los demás, pero que hacen sigan la pista á un delincuente esos sabuesos llenos de recursos que se llaman



jueces instructores, en busca de todas las clases de robos que pueden deshonrar á un hombre.

Ahora bien, el que Gilberto había cometido le parecía moralmente considerado el más odioso y punible.

Se puso pues á temblar seriamente, pues temió produjesen una indagatoria judicial los padecimientos de Andrea.

Desde entonces, lo mismo que el delincuente de ese cuadro célebre á quien persigue el ángel del remordimiento con la pálida luz de su antorcha, Gilberto no cesó de dirigir á cuanto le rodeaba miradas de loco. Los rumores, hasta los cuchicheos, eran para él sospechosos; escuchaba las palabras que se pronunciaban en su presencia, y por insignificantes que fuesen le parecía que tenían relación con la señorita de Taverney ó con él.

Así vió al señor de Richelieu ir á la regia cámara, y al señor de Taverney á casa de su hija, y aquel día tomó para él la casa un aire de conspiración y desconfianza que no solía tener.

Mucho peor fué todavía cuando vió al médico de la Delfina dirigirse hacia el aposento de Andrea.

Gilberto era uno de esos hombres escépticos que no creen en nada, importándole muy poco el género humano y el cielo; pero reconocía en cuanto á Dios el atributo de la ciencia, y proclamaba su omnipotencia.

En ciertos momentos hubiera negado Gilberto la penetración infalible del Ser supremo; pero jamás hubiera dudado de la perspicacia del médico, de suerte que la ida del doctor Luis á casa de Andrea fué un golpe de que se resintió la moral de Gilberto.

Corrió á su cuarto, suspendiendo toda labor y sordo como una estatua á las intimaciones de sus jefes. Allí, detrás de la pobre cortina que había improvisado para

ocultar su espionaje, aguzó todas sus facultades para ver si podía sorprender una palabra, un gesto que le revelasen el resultado de la consulta.

Nada vino á ilustrarle, y sólo una vez vió el rostro de la Delfina, quien se acercó á la ventana para mirar por los cristales el patio que quizá nunca había visto hasta entonces.

También pudo distinguir al doctor Luis, que abrió aquella misma ventana, á fin de que penetrase en la habitación un poco de aire. En cuanto á oír lo que allí se decía, en cuanto á ver el juego de las fisonomías, Gilberto no pudo conseguirlo, porque una espesa cortina cayó á lo largo de la ventana, é interceptó todo el sentido de la escena.

Júzguese cual no sería la angustia del mancebo. Se juró que el médico, que tenía ojos de lince, habíase descubierto el misterio, y que la tormenta debía estallar, no inmediatamente, pues Gilberto suponía con razón que la presencia de la Delfina sería un obstáculo para ello, sino dentro de poco entre el padre y la hija después que aquellas dos personas extrañas se fuesen.

Fuera de sí de dolor é impaciencia, Gilberto golpeaba con la cabeza las paredes de su buhardilla.

Luego vió al señor de Taverney salir con la Delfina cuando ya se había marchado el médico.

— La explicación va á tener lugar, se dijo á sí mismo, entre el señor de Taverney y la Delfina.

El barón no volvió al aposento de su hija; Andrea se quedó sola y pasó el tiempo recostada en su sofá, ora leyendo, aunque los espasmos y la jaqueca la obligaban á interrumpir la lectura, ora entregada á una impasibilidad tan extraña, que Gilberto la tomó por éxtasis, cuando sorprendía algún período por entre la cortina que alzaba el viento.



Andrea, cansada de dolores y emociones, se medio durmió; y Gilberto se aprovechó de aquel respiro para ir á recoger por fuera las voces y comentarios.

Aquel tiempo fué precioso para él por las reflexiones que pudo hacer.

El peligro era tan inminente, que se trataba de luchar contra él por medio de una resolución repentina, heroica.

Este fué el primer punto de apoyo en que aquella imaginación indecisa, á fuerza de ser sutil, halló resorte y descanso.

¿Pero qué resolución convenía tomar? Un cambio en semejantes circunstancias es igual á una revelación: la fuga pues; ¡ah! sí, la fuga, con esa energía propia de los jóvenes, con ese vigor de la desesperación y el miedo, que aumentan las fuerzas del hombre y las igualan á las de todo un ejército... Ocultarse de día, andar de noche y llegar al fin.....

¿Dónde? ¿En qué sitio ocultarse donde no pudiera alcanzarle el brazo vengador de la justicia del rey?

Gilberto conocía las costumbres del campo. ¿Y qué es lo que se piensa en países casi salvajes, casi desiertos? porque en cuanto á las ciudades no había para qué acordarse de ellas. ¿Qué se piensa en una aldea, ó lugar, del extranjero que se presenta á mendigar su pan, ó de quien sospechan que lo ha robado? Y luego Gilberto conocía perfectamente lo que en este caso podía ser capaz de disimular; sabía que una figura notable, y en que en adelante estaría marcado el indeleble sello de un secreto terrible, llamaría la atención de cualquier observador. Huir era ya peligroso, pero el ser descubierto era una afrenta.

La fuga debía acreditar que Gilberto era culpable; por consiguiente rechazó esta idea; y como si su ánimo no tuviese más fuerzas que las absolutamente

precisas para hallar una idea, el desventurado, después de la fuga, halló la muerte.

Esa era la primera vez que había pensado en suicidarse; y la aparición de esa lúgubre fantasma que evocó, no le causó el menor miedo.

— Siempre habrá tiempo, se dijo, para pensar en la muerte cuando se hayan agotado todos los recursos. Además es una cobardía el suicidarse, como dice el señor Rousseau, y es más noble sufrir.

Cuando se le ocurrió este pensamiento, Gilberto levantó la cabeza y volvió á emprender sus vagas correrías por el jardín.

Hallábase en los primeros destellos de su seguridad, cuando de súbito llegando Felipe, como le hemos visto, trastornó todas sus ideas y lo sumergió en una nueva serie de perplejidades.

¡El hermano! ¡el hermano á quien ha llamado! ¡Luego era una cosa bien averiguada! La familia tomaba el partido del silencio; sí, pero haciendo todas las indagaciones, averiguando los más menudos detalles que, para Gilberto, equivalían á todo el inmenso aparato de la Conserjería, del Chatelet y la Tournelle. Entonces es cuando lo harían aparecer ante Andrea, cuando lo forzarían á arrodillarse, á confesar bajamente su crimen, y cuando le matarían como á un perro con el palo ó el cuchillo: venganza legítima cuya inmunidad contaba muchos ejemplos en una multitud de aventuras.

El rey Luis XV era muy complaciente con la nobleza en ocasiones por el estilo.

Y además, Felipe era el vengador más terrible que la señorita de Tavernay podía llamar en su ayuda; Felipe, el único de la familia que había mostrado á Gilberto sentimientos de hombre y casi de igual, no mataría de un modo tan seguro al culpable con una



palabra, como con la espada, si esa palabra era :

« ¡ Gilberto, tú has comido de nuestro pan, y nos deshonrás ! »

Así, hemos visto á Gilberto escabulléndose desde la primera aparición de Felipe; y si volvió al llamarle, lo hizo sólo obedeciendo á su instinto para no acusarse á sí mismo, y desde aquel momento concentro todas sus fuerzas en un solo objeto, la resistencia.

Siguió á Felipe, le vió subir á la habitación de Andrea, y hablar con el doctor Luis; todo lo espío, todo lo juzgó, y comprendió la desesperación de Felipe, viendo nacer y crecer en él aquel dolor. Hasta la terrible escena que había mediado entre los dos hermanos la adivinó en el movimiento de las sombras detrás de la cortina.

— Soy perdido, pensó allá para sí; y extraviada su razón, se apoderó de un cuchillo para matar á Felipe, á quien esperaba ver presentarse en su puerta ó para darse de puñaladas en caso necesario.

Todo al contrario, Felipe se reconcilió con su hermana, y Gilberto le vió de rodillas besando las manos á Andrea. Esto le infundía nueva esperanza, esto proporcionaba una puerta por donde salvarse, puesto que si Felipe no había prorrumpido en gritos de furor, era porque Andrea ignoraba completamente el nombre del culpable; si ella, que era el único testigo, la única que podía acusarlo, no sabía nada, nadie lo sabía tampoco; y si Andrea, ¡ loca esperanza! lo sabía y no lo había dicho, era para él más que su salvación, era la felicidad, el triunfo.

Desde aquel momento se elevó Gilberto hasta el nivel de la situación, y nada le detuvo en su marcha así que de una ojeada la sondeó con claridad.

— ¿ Dónde están las huellas, dijo, si la señorita de Taverney no me acusa? Y, ¡ cuán loco soy! ¡ me acusaría del resultado ó del crimen? El crimen no ha podido penetrarlo, puesto que en estas tres semanas no me ha indicado que me detesta más que antes.

De consiguiente, si no ha conocido la causa, el efecto no habla contra mí más que contra otro cualquiera. Yo mismo he visto al rey en el cuarto de la señorita Andrea, y si preciso es, lo declararé delante de su hermano, y me creerán á pesar de todas las negativas de S. M... Sí, pero este sería un partido muy peligroso... Me callaré, porque el rey tiene sobrados medios de probar su inocencia ó de desbaratar mi testimonio. Pero, á falta del rey, cuyo nombre no puede invocarse en todo esto, so pena de prisión perpetua ó de muerte, ¿ no tengo á ese desconocido que en la misma noche hizo bajar á la señorita de Taverney al jardín?... ¿ Y cómo podría defenderse ese? ¿ cómo adivinarían quién es, ó si lo adivinaran, cómo lo hallarían? Ese no es más que un hombre ordinario, valgo tanto como él y siempre me podré defender bien contra él. Además, ni siquiera piensan en mí, pues solo Dios me ha visto... añadió con amargura. Pero ese Dios que tantas veces ha visto mis lágrimas y mis dolores sin decir nada, ¿ por qué habría de cometer la injusticia de descubrirme en esta ocasión, la primera que me ha proporcionado de ser feliz?...

Á mayor abundamiento, si existe el crimen, á él se debe imputar y no á mí, pues el señor de Voltaire prueba plenamente que ya no hay milagros. Estoy salvado, estoy tranquilo; porque nadie sabe mi secreto: el porvenir es mío.

Después que hizo estas reflexiones, ó más bien esta composición con su confianza, Gilberto encerró sus útiles de labor y fué á cenar con sus compañeros.



Mientras duró la cena estuvo alegre, decidido y aun provocativo, pues había tenido remordimientos, había tenido miedo, y esta es una debilidad que un hombre, un filósofo, debía apresurarse á borrar.

Sin embargo no contaba con su conciencia, y aquella noche no durmió.

## XII

## Dos sufrimientos!

Gilberto había apreciado perfectamente la situación, cuando dijo, al hablar del desconocido á quien había sorprendido en los jardines en aquella noche tan fatal para Andrea : ¿ Cómo lo hallarán ?

En efecto, Felipe ignoraba completamente dónde vivía José Bálsamo, conde de Fénix.

Pero se acordó de aquella dama de alta condición, de aquella marquesa de Saverny, á cuya casa había sido transportada Andrea el 31 de mayo para que la socorriesen.

No era una hora tan avanzada que no pudiera presentarse en casa de aquella señora, que vivía en la calle de San Honorato ; así, reprimiendo toda la agitación de su alma y de sus sentidos, subió á aquella casa, y la doncella le dió al instante, sin ningún reparo, las señas de Bálsamo, calle de San Claudio, en e Marais, á donde Felipe se dirigió al punto.

Pero no tocó sin profunda emoción al aldabón de aquella casa sospechosa, donde según sus conjeturas se habían sepultado, para siempre, el reposo y el honor de la pobre Andrea. Sin embargo, apelando con resolución á su voluntad, dominó al punto su indignación y sensibilidad, para conservar intactas todas las fuerzas de que creía tener necesidad.

Llamó pues á la puerta con mano bastante segura, y